

alcaldes, jeques y caballeros principales de la corte, bajo el pretexto de que el rey deseaba hablarles; y ya que les tuvo reunidos en un salón, les presentó á Mohamed, hijo mayor de Ysmail, é hizo que le reconocieran y juraran por sucesor al trono, diciendo terminantemente que tal era la voluntad del rey, y que si éste no se la manifestaba por su propia boca, era porque se sentía malo y no podía hablar á causa de sus heridas. Cuando todos hubieron jurado obedecer al príncipe, les anunció la muerte del monarca. El mismo Ozmín, viendo ya frustrados sus planes y disipados del todo los temores que abrigaba de que el rey difunto no conociese su perfidia, al oír las últimas palabras del vizir, fué el primero en dar el grito de *ensalce Dios á nuestro rey Muley-Mohamed-ben-Ysmail*: grito que fué repetido con entusiasmo y por toda la nobleza. Bajaron guardias y caballeros á la ciudad, recorrieron las calles dando las mismas voces, y quedó proclamado en todas partes Mohamed-ben-Ysmail el IV.

Subió Mohamed al trono el día 26 de la luna de Regeb del año 725. Era todavía niño, y durante algún tiempo hubo de gobernar el reino por medio de sus vizires y caudillos. Quiso al principio su buena estrella que los encontrara celosos y leales en Abu-el-Hasán-ben-Mazud y en Otmán, jefe de la caballería de los Algarbics; pero después de la muerte de Hasán acaecida á los pocos meses, dió con uno que llegó á comprometer la suerte de su corona. Llamábase éste Mohamed-Almahruc y era natural de Granada. Tenía tan grande ambición y tan ciego exclusivismo, que no sabía mirar sino con odio á cuantos veía en derredor del trono, y hasta á los hermanos del rey procuró alejar de la corte fingiendo á cada paso ridículos temores. Desterró al príncipe Ferag á Almería y al príncipe Ysmail al África; y cuando vió enteramente aislado al rey, le enajenó la voluntad del caudillo Otmán, que abandonó el reino para volver espada en mano y sediento de venganza. Tenía al fin tan movidos contra sí los ánimos de los nobles y tan irritado el pueblo, que

apenas había ya quien no desease un nuevo monarca que los librase de tanta tiranía; pero pudo afortunadamente atajar el curso de los sucesos la inesperada energía de Mohamed, que conociendo por sí el peligro en que se hallaba, depuso al vizir y le encerró en el fondo de una cárcel.

Granjeóse Mohamed con esta primera resolución las simpatías de todos los buenos ciudadanos de Granada. Infundió ánimo á los humildes y temor á los poderosos, y fué desde luego la esperanza de todos los muzlimes. Reveló á poco sus nobles y generosas prendas, y no tardó en hacer enteramente suya la voluntad del pueblo. Era tan esforzado como prudente, humano, liberal, magnífico y elegante en sus costumbres, de buen corazón, de sutil entendimiento, de habla fácil y agradable, y de tanta hermosura que pasaba por el más gallardo de su reino. No había quien le aventajase en fortaleza, ni en agilidad de cuerpo, siendo tan buen jinete, que, según la expresión de el Khattib, difícilmente se le podía seguir con la vista, cuando, suelta la brida al caballo, emprendía por monte y valle su veloz carrera. Gustaba mucho de justas y torneos y sobre todo de la caza, ejercicios á que se entregaba con ahínco cuando no podía lucir en sangrientos combates su destreza en el manejo de armas y caballos. Á nada tenía tanta afición como á la guerra; mas no por esto olvidaba ni dejaba de cultivar las ciencias y las artes, cuyas ventajas llegó á preferir un día á las que da de sí la toma de una ciudad y las victorias conseguidas en los campos de batalla. No protegía menos á los doctos y á los de aventajado ingenio que á los que más se distinguían por su ardor y su intrepidez en la pelea; y logró así hacerse digno de su siglo no sólo por sus virtudes militares, sino también por las de su corazón y de su espíritu (1).

(1) Mohamed-Ben-Ysmail-Ben-Pharagi-Ben-Ysmael-Ben-Joseph-Abu-Abdalla Nuncupatus, Hispaniæ rex qui regum præstantissimorum nulli solertia, viribus, munificentia, oris forma, atque morum elegantia est posthabendus. Ad hæc accessere ingenium mite, humanitas, sermo facilis et acer, summaque liberalitas. Robo-

Con tan brillantes dotes, sin embargo, vióse Mohamed en grandes apuros al principio de su reinado. El caudillo Otmán con su hijo Ibrahim pasó á Andarax, concitó á la rebelión á muchos pueblos de la Alpujarra, é hizo proclamar por rey de Granada á Mohamed-ben-Ferag-ben-Ysmail, que estaba en Tremecén y se temía que entrase en España con numerosa hueste de africanos. Salió apresuradamente Mohamed contra tan temibles enemigos; y aunque les venció en algunas jornadas, quedó en otras vencido, y debió al fin convencerse de cuán difícil era aniquilarlos dirigidos como estaban por expertos capitanes y enricados como se hallaban en sierras fragosas, defendidas por castillos y cortadas por espantosos precipicios. Para colmo de mal recibió en tanto la noticia de que los cristianos de Sevilla acababan de invadir el Reino y estaban corriendo la comarca de Vera: por de pronto nada pudo tampoco contra estos adversarios. Tuvo que dividir su ejército y distribuirlo de manera que pudiese soportar á la vez la guerra en tan distantes puntos; por acelerado que anduvo en operación tan peligrosa, no pudo llegar á vista de los contrarios cuando había perdido ya la ciudad de Vera y los pueblos de Olvera y de Ayamonte. Alcanzólos en las riberas del Guadalhorce junto á Córdoba, y se arrojó sobre ellos con valor capaz de asombrar á sus mismos enemigos; pero ni aun así pudo evitar una derrota que le obligó á retirarse confuso y aturrido á su corte de Granada.

Llegó á Granada Mohamed con tal ira que aquel mismo día hizo descabezar en la cárcel á su antiguo vizir Almahruc, á quien consideraba, no sin razón, como autor de tantas desven-

re sic valuit ut ejus fortitudo in proverbium abierit. Eques erat insignis sed plane temerarius: quippe in hippodromo, nulla habita discriminis ratione, effussis equi habentis concitatissimo ac rapidissimo cursu, qui oculorum aciem facile fugeret per acclivia et declivia juxta loca ferebatur: idque maxime si gloria vel certamine accenderetur. Qua quidem equitandi arte peritissimus, omnibus palmam eripuit. Venatum in amore ac deliciis habebat. In nobilium equorum stirpe dignoscenda versatissimus: nec minus poetices quam rhetorices exitit studiosissimus (CASIRI, *Bibl. arab., Hist. Ecc.*, t. 2.º).

turas. Reunió luégo con gran precipitación gran número de tropas; pero rodeado de enemigos, no sabía á dónde con preferencia dirigir las. Además de los cristianos de Sevilla y los rebeldes de las Alpujarras tenía ya en campaña á un ejército africano que acababa de apoderarse de Algeciras, Marbella y Ronda; y los veía á todos y á cada uno de por sí tan poderosos, que contra ninguno esperaba obtener victoria. No se acobardó, sin embargo, ni fué á mendigar como otros ni un tratado de paz ni un momento siquiera de tregua; tomó una resolución desesperada propia de su gran corazón, y como si nada tuviese que temer de tantos enemigos, lejos de dirigirse contra ellos, se dirigió á las fronteras de los cristianos, cayó sobre Cabra y Priego, los tomó arrebatadamente á fuerza de armas, y tuvo la audacia de presentarse nada menos que ante los muros de la ciudad de Baena. Baena era plaza fuerte, y los mas entendidos jefes árabes juzgaban difícil conquistarla; mas él no desistió, antes viendo que salían á acometerle los cristianos, les dió batalla, se abrió paso á lanzadas, los dispersó y les siguió al alcance hasta las mismas puertas de la plaza. Entró en Baena y pasó luégo á Casares, que habría quizá tomado, sino hubiese diferido hasta otro día ganarla por asalto. Sabedor de que un ejército cristiano venía á socorrerla, levantó el cerco que le tenía ya puesto, se dirigió contra el enemigo, y le atacó tan de improviso, que le desbarató y rompió al primer ímpetu la caballería. Siguióle con la punta de la lanza en la espalda durante algunas horas; y ya que se vió cerca del Estrecho, acometió la empresa de reducir de nuevo á Gibraltar, ocupada á la sazón por los cristianos. Con las escasas tropas que llevaba no le habría sido fácil la conquista de esta plaza; pero la encontró sitiada por los ejércitos reunidos del rebelde Otmán, Mohamed-ben-Ferag y Abu-el-Hasán de Fez, y, reconciliándose con todos, logró al fin ganarla.

No podía á la verdad Mohamed esperar mejores resultados de su inesperada y audaz política. La idea de llevar sus tropas á tierra de sus enemigos, mientras éstos recorrían y talaban las

fronteras de su reino, no sólo le bastó para detener su ruina, sino que también le proporcionó la conquista de plazas importantes y la de un partido que auxiliado por los reyes de África amenazaba sumergir en sangre el trono de Granada. Si en vez de acudir á tan extraordinario remedio se hubiese limitado á seguir la guerra en la Alpujarra, cortar el paso á las tropas invasoras de Castilla, ¿qué hubiera podido alcanzar después de largas y sangrientas luchas sino el descrédito de sus armas y treguas más ó menos estériles ya con los muzlimes, ya con los cristianos? Ni aun con los más heroicos actos hubiera logrado imponer nunca ni á unos ni á otros, como les impuso con el solo hecho de haber tomado al primer embate la ciudad de Cabra.

Dueño ya de Gibraltar y celebrada la paz con los rebeldes, no tardó en recobrar Ronda, Marbella y la misma Algeciras, que le había sido arrebatada poco antes por los cristianos. Defendiólas y volvió á Granada; mas no para gozar mucho tiempo de la paz, sino para abrir pronto una nueva campaña en que no fué muy afortunado á pesar de su valor y su constante arrojo. Recibió á poco noticia de que iban los cristianos sobre Gibraltar, y aunque hizo con su sola presencia levantar el sitio, no pudo evitar la pérdida de otros pueblos, tales como Teba, Priego, Cañete, La Torre, las Cuevas y Ortejícar. Apenas supo el cerco de Teba, movió el campo hacia Turón y atacó parcialmente al enemigo. Armóle una celada en lo hondo de un valle, y viendo la ineficacia de este medio, le acometió decididamente peleando como un héroe; pero si no perdió del todo la batalla, quedó tan quebrantado que los muzlimes de la plaza no tuvieron más recurso que el de capitular con los cristianos. Perdió después de Teba los pueblos ya referidos, y en tanto se vió en la dura necesidad de ceder á Abu-el-Hassán la fortaleza de Gibraltar, uno de los fuertes que más quería. Abu-el-Hassán era uno de los que más habían contribuído á su conquista; y creyéndose con derecho para reclamarla, pasó el mar, y, lleno de la resolución con que había sabido apoderarse del reino de Fez contra

su hermano Omar, hijo y sucesor del buen príncipe Abu-Said, la sitió, la combatió y la tomó en muy corto tiempo á fuerza de armas. Súpolo Mohamed y lo sintió en el alma; pero atacado sin cesar por los cristianos y conociendo cuán peligroso era romper con tan poderoso príncipe, lejos de protestar contra el hecho, le escribió una carta en que, además de cederle la fortaleza, se declaró su amigo y su más generoso aliado. Quería reparar de algún modo tantos males, y cercó y combatió de día y de noche á Castro del Río, del cual hubo de regresar sin cumplir ese buen deseo á su corte de Granada.

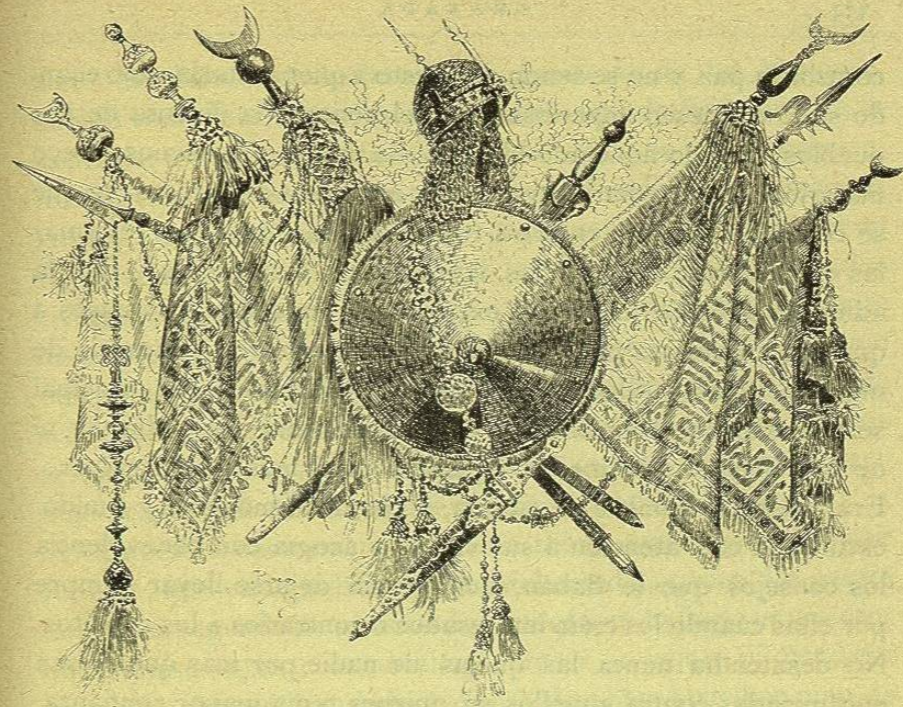
Los cristianos entre tanto fueron otra vez sobre Gibraltar, que miraban justamente como la fortaleza más importante de Andalucía. Sitiáronla por tierra con numeroso ejército y por mar con una escuadra que recorría sin tregua el Estrecho y tenía cerrado el paso á las naves de África. Hallaron mucha oposición en los sitiados, súbditos todos del rey de Fez Abu-el-Hassán; pero á fuerza de días y con riguroso bloqueo llegaron á ponerlos en tales apuros, que ya casi contaban con decidir á favor suyo la victoria. No dejaban salir un solo soldado de la plaza; mas aunque procedían en esto con mucho rigor, no pudieron impedir que algunos se fugasen y fuesen aceleradamente á pedir á Mohamed que bajase á socorrer á los cercados en virtud de la alianza que con el Hassán tenía. Mohamed, que acababa de llegar á Granada, dispuesto aún en medio de sus mayores desgracias á emprender cualquier hecho de armas por aventurado que fuese, lejos de negarse á la demanda, accedió con tan buena voluntad y tal entusiasmo, que reuniendo con la mayor rapidez á sus mejores jinetes, salió y sin vacilar un punto pasó á Algeciras, se dejó caer sobre el campamento cristiano, entró en batalla, y frustró en un solo combate todas las esperanzas concebidas por las armas de Castilla.

Cara pagó, empero, tanta gloria ese desgraciado rey de Granada. Cuando entró en Gibraltar quiso hacer alarde de sus proezas delante de los africanos y les acusó en tono festivo de cobardes, cosa que les ofendió hasta el punto de obligarles á

pensar en la muerte del Príncipe. Deseoso de pasar al África para visitar á su amigo Abu-el-Hassán, despidió su ejército dejando consigo un reducido número de sus mejores caballeros, salió al día siguiente á correr el monte, y al estar en lo más fragoso, se vió acometido de repente por asesinos implacables, que, no contentos con matarle á lanzadas, le precipitaron desde lo alto de una peña (1). Llevaba escolta; pero era tan angosta la vereda en que se ejecutó el crimen, que ninguno de sus guardias pudo hacer más que prorrumpir en vanos alaridos. Murió el día 13 de Dilhagia del año 733 (24 de Agosto de 1333) y estuvo el infeliz al pié del monte, desnudo, magullado y hecho el escarnio de los mismos que acababa de salvar de la muerte, hasta que su hermano y sucesor Yusuf mandó que recogieran su cuerpo y le llevaran á Málaga. ¿Podía darse mayor desventura para rey tan magnánimo y guerrero? ¿Merecía ser víctima de tamaña ingratitud un príncipe que sólo por favorecer á sus aliados levantó contra Castilla una espada abatida, si no por su flaqueza de ánimo, por su mala estrella? ¡Y no hubo siquiera quien tratase de vengar su sombra! Ninguna historia árabe ni cristiana refiere que reclamase entonces ni el mismo Yusuf contra los asesinos; ninguna historia árabe ni cristiana refiere tampoco que Abu-el-Hassán los castigase. La alianza, el espíritu de nacionalidad, el parentesco, nada hicieron para dejar satisfechos los manes de Mohamed; satisfaciéronle todos con hacer grabar un pomposo epitafio en la losa de su sepulcro (2).

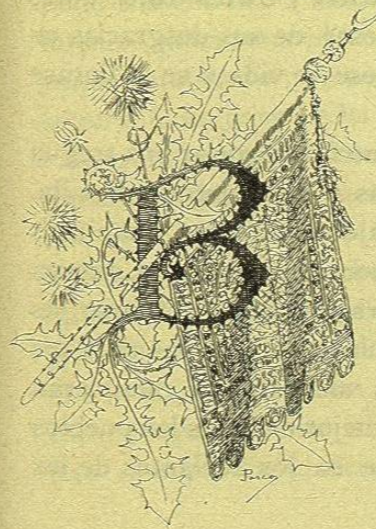
(1) La noticia de haber sido Mohamed despeñado del monte después de muerto á lanzadas no la encontramos en los árabes de Conde, pero sí en los de Casiri (Véase).

(2) Este epitafio es como sigue: Este es el sepulcro del noble rey, fuerte, magnánimo, liberal, esclarecido Abu-Abdala-Muhamad de feliz memoria, de la real prosapia, prudente, virtuoso, insigne guerrero, vencedor, caudillo de vencedoras huestes, de la antigua é ínclita familia de los Nazares, príncipe de los fieles, hijo del sultán Abul-Walid-ben-Ferag-ben-Nazar, á quien Dios haya perdonado y tenga en descanso. Nació (el Señor se complazca de él) día 8 de Muharram del año 715, fué proclamado rey por muerte de su padre á 26 de Regeb del año 725, y murió (Dios le perdone) á 13 de Dilhagia del año 733. Loor y gloria á Dios altísimo é inmortal. (CONDE, parte 4.ª, capítulo 20.)



CAPÍTULO XVI

Yusuf-Abu-el-Hagiag.—Mohamed V.—Ysmail II.—Abu-Said



BIEN pronto se supo la muerte del rey Mohamed en el ejército que iba de Gibraltar á Granada. La tarde del mismo día 13 de Dilhagia fué ya proclamado por estas tropas á orillas del Wadalsefain Yusuf-Abu-el-Hagiag, hermano del rey difunto. Era Yusuf esforzado también, pero sin tener de mucho los instintos guerreros de sus antecesores. Amaba de